



El Bote Salvavidas de Valparaíso tripulado por voluntarios vive una aventura permanente. Aquí, la embarcación sorteando la mar durante un temporal en la bahía.

# LA AVENTURA PERMANENTE

Por Ricardo VALENZUELA

**“Todo joven que lo desee, puede ingresar como voluntario al Bote Salvavidas. No se necesita más que acreditar honorabilidad, un poco de intrepidez y fuerte anhelo de servir”.**

De un diario de Valparaíso, en 1926.

**E**n el crudo invierno de 1919 hubo un recio temporal en Valparaíso.

El viento noroeste azotó a la ciudad, doblaba los árboles, balanceaba peligrosamente los faroles públicos y hacía gemir los techos de las modestas viviendas de los cerros que resistían el huracán como por milagro.

El sordo rumor del temporal se escurría por avenidas y callejuelas, mientras cortinas de copiosa lluvia rebotaban y arremolinaban en el pavimento.

Por supuesto, ¡pésima noche para los marinos!

Los que habitaban cerca del mar podían oír el estallido de las olas contra los malecones, seguido del consiguiente estremecimiento parecido a un temblor. Y entre estas explosiones del agua convulsionada, el pitazo angustiado de un buque o el zumbido de alguna bengala que rasgaba el aire terminando en una detonación al abrirse como una flor exótica en medio de la tempestad nocturna.

Muy mala noche, en realidad, para la gente de mar, porque el puerto no disponía de muchos medios para protegerla.

De una parte estaba la brigada de voluntarios terrestres que sorteando toda suerte de obstáculos acudían con su cañón lanzacuerdas montado sobre una cureña para ayudar a los que naufragaban sobre la costa. Y de otra, existía el bravo bote de seis remeros, de la Gobernación Marítima, que mandaba el patrón Castillo, un viejo lobo de la bahía contratado por la Gobernación, así como sus bogas, entre los más intrépidos y decididos fleteros del Muelle Prat.

Se contaba además con un reflector instalado en la torre del cuartel de los salvavidas terrestres, ubicado en la calle General Cruz al llegar a Errázuriz, en las proximidades de lo que por entonces era la llamada Caleta Jaime, y que servía para alumbrar algunas arriesgadas maniobras de los voluntarios que provistos de lazos y otros implementos, trataban de rescatar a algún infortunado antes de que se despedazara contra los enrocados.

Esta brigada de voluntarios, semejante en su organización a lo que es nuestro abnegado Cuerpo de Bomberos, fue fundada en la penúltima década del siglo pasado, y al fusionarse en 1930 con el actual Cuerpo de Voluntarios de los Botes Salvavidas, tenía una larga tradición de eficiencia y valor.



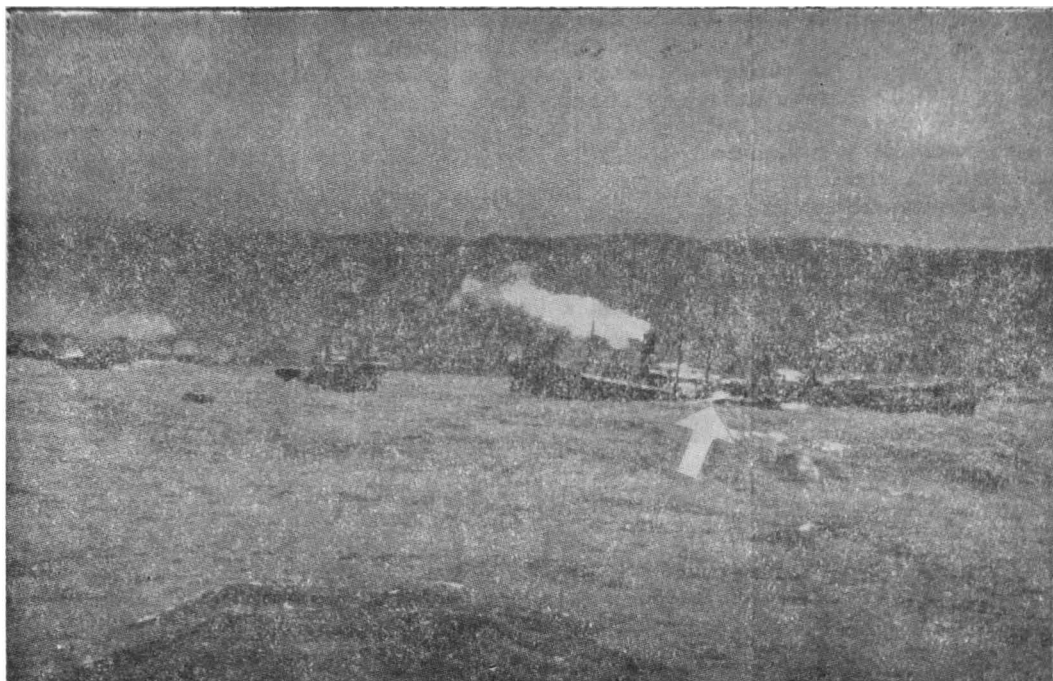
En 1902 se precipitó a la playa, cerca de su cuartel y un poco al oriente de la Caleta Jaime, la fragata inglesa "Foyledale", junto con otros buques. Pero aquella puso la nota principalmente dramática y exigió la mayor atención y esfuerzos de los salvavidas.

Cuando las gigantescas olas empujaban la nave hacia las piedras, una de ellas arrastró a la esposa y a la hijita del capitán que aquella llevaba en brazos, y ambas desaparecieron a la vista de la gente aterrada.

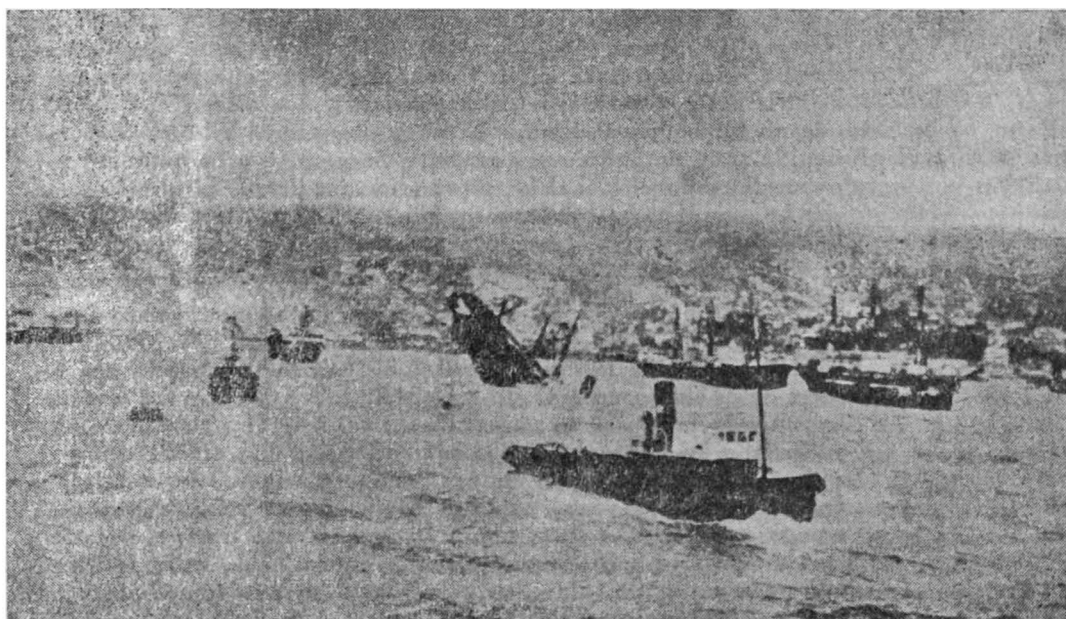
La "Foyledale" dio al fin contra una playa, pasada la Avenida Francia, donde quedó totalmente tumbada, y el capitán, enloquecido por su desgracia, se negó a abandonarla. Pero los intrépidos salvavidas de la calle General Cruz acudieron a toda prisa al lugar, dispararon su cañón lanza-cuerdas y armaron un andarivel. . . Fue preciso que dos de sus hombres, escogidos entre los más fuertes, subieran a bordo para reducir al capitán y obligarlo a pasar a tierra. Fue un salvamento memorable.

Conocí a uno de esos modestos salvavidas, de apellido Encina, muerto hace más de veinte años, y que de tarde en tarde acudía a algún acto aniversario de la institución, ya muy viejo, y con el pecho cargado de medallas. Contaba el hecho con parquedad y sencillez.

Otra vez, en la larga historia, se presentó un salvamento distinto. Completamente distinto. Había que salvar una vida a bordo. . . Una noche de julio de 1904, con temporal desatado, la barca inglesa "Mozambique" hizo señales de que necesitaba con urgencia una matrona a bordo. . . Los voluntarios goipearon en varias casas hasta que al fin dieron con la de Margarita Villegas, quien accedió a prestar sus servicios profesionales en el acto y sin vacilaciones. Se embarcaron con ella en el bote de



**El 30 de enero de 1929 se hundió en Valparaíso el vapor "Concepción" de la Compañía Chilena de Navegación Interoceánica. El Bote (marcado con una flecha) se mantuvo hasta último momento al costado del buque que dejaba escapar su vapor y rescató a la dotación de 19 hombres. Abajo el momento culminante del naufragio: el "Concepción" ya sin su gente se clava de proa y desaparece en medio de la bahía.**



la Gobernación Marítima y llegaron al costado de la "Mozambique" donde izaron a Margarita con una cuerda. Apenas pisó la cubierta se dirigió apresuradamente a la cámara, pidió mucha agua caliente y al cabo de pocos minutos se oía el vagido de un niño. . . La esposa del capitán había dado a luz sin mayor contratiempo.

De este hecho hay constancia en "El Mercurio" de Valparaíso de fecha 29 de julio de ese año.

Así, corriendo el tiempo, bajo estos temporales la bahía se convertía en un infierno de boyas y faluchos al garete, navíos que se atravesaban a la mar con sus amarras cortadas; se producían colisiones y hundimientos inevitables y al final se comprobaba que después de un par de días en tales condiciones, o a veces, tras unas cuantas horas, se habían perdido muchas vidas, además de todo el destrozo.

\* \* \*

Fue después de aquel fortísimo temporal que alcanzó su máxima intensidad en la noche del 12 al 13 de julio de 1919, causando cuantiosos daños y víctimas cuando se resolvió la compra de dos modernos botes salvavidas a motor, en Inglaterra.

Era la única forma de evitar más pérdidas de vidas. A la fecha sólo se había construido la primera parte del Molo, pero el abrigo que ofrecía era escaso, como lo es aun hoy día en temporales muy fuertes. Y es así como desde entonces, el férreo patrón Castillo y su digna gente pudieron seguir contratándose en la Gobernación Marítima desde abril a septiembre para enfrentar, ahora en condiciones más seguras y con mayor eficiencia, el período de los temporales.

Estos dos nuevos botes salvavidas, comprados a la Royal National Life-Boat Institution, de Londres, sirvieron a Valparaíso por más de treinta años. Y no hubo gente que perteneciera a la Armada o a la Marina Mercante entre los años 1921 a 1951 que no los ocupara alguna vez para trasladarse a bordo con mal tiempo para cumplir una guardia, o integrarse a la hora del zarpe si el temporal lo había sorprendido en tierra. El mismo servicio ha continuado ininterrumpidamente hasta hoy con las embarcaciones que los reemplazaron.

Aquellas eran dos embarcaciones muy sólidas y marineras.

La de menor eslora se prestaba admirablemente para actuar en lugares difíciles, como en las inmediaciones del Muelle del Carbón, cerca de la costa o en algún embrollo causado por enredo de anclas o espías, allí en el hervidero de la poza o dársena, cuando las cosas se ponen feas. Era de gran maniobrabilidad y cumplía en general con las exigencias de una embarcación de socorro. El más grande, sin ser menos marinero, le aventajaba en capacidad. A veces condujo hasta treinta y cinco personas, equipajes y víveres para algún buque en mal tiempo desatado con su imperturbable andar de ocho nudos, casi siempre disminuidos a causa del oleaje que lo barría y salía inmediatamente por los imbornales. Sólo cuando estuvo muy viejo vacilaban un poco sus cuadernas y había que darle a la bomba. . . Al fin se





El Capitán Christiansen recibe su Medalla cuando cumplió 35 años de servicios en el Cuerpo que había fundado. Le hace entrega de ella el entonces Contraalmirante Alfredo López Costa, actualmente en retiro.

hundió en Talcahuano como anónimo pesquero... Le habían quitado los estanques de aire para hacerle lugar al pescado y... se olvidaron de darle a la bomba. Una mañana no amaneció.

En 1924 se le ocurrió a Olaff Christiansen, capitán danés avecindado en el Cerro Alegre, fundar un cuerpo de voluntarios para tripular los botes recién llegados. Inició las gestiones ante la Gobernación Marítima y al año siguiente, por abril, quedaba fundado el actual Cuerpo de Voluntarios de los Botes Salvavidas.

El ya viejo patrón Castillo, de andar balanceado, cara rosada y ya voluminosa barriga, junto con sus hombres —los fleteros del Muelle Prat— pasaron a cuarteles de invierno... aunque en este caso no encaja la frase, puesto que desde hacía años no habían hecho otra cosa que acuartelarse en invierno en la Gobernación Marítima.

En 1926, la flamante entidad, de constitución también semejante a la de nuestros bomberos voluntarios, ya estaba en marcha y perfectamente organizada. Y desde entonces, muchas generaciones de jóvenes porteños amantes del mar —mucho más amantes que competentes por lo menos al principio— conocieron los furros de la bahía, las opuestas sensaciones de resolución y miedo (sólo los muy vacíos de imaginación afirman que nunca sintieron miedo) y en fin conocieron esa maravillosa aventura permanente que viven los Botes Salvavidas hasta ahora, en que la institución ha cumplido cuarenta y cuatro años.

La juventud de Valparaíso ha encontrado en el Cuerpo de Voluntarios de los Botes Salvavidas, desde su fundación, una magnífica oportunidad para entrenarse en las duras disciplinas del mar y acostumbrarse a enfrentar con resolución y coraje los momentos difíciles que, por cierto, siempre los hay y bien seguido. Casi la mayoría de los jóvenes voluntarios se han adiestrado en la instrucción teórica como pilotos de yates y todos, poco a poco, se han ido curtiendo y acostumbrando a sentir bajo sus pies las inquietas cubiertas; los rociones de agua salada, la lluvia y el viento en pleno rostro; el frío y el escozor de las ropas

mojadas y en las manos el quemante resbalar de cabos y drizas. Al propio tiempo que se les va despertando el instinto marinero—percibir el cambio de viento por su roce en la cara; calcular el efecto de la ola que se aproxima; descubrir el peligro en la obscuridad acechante alrededor de la embarcación... ¿No es así como se forman los marinos auténticos?

\* \* \*

En la ya vieja bitácora de la institución, sigue escribiéndose la tumultuosa historia de la bahía de Valparaíso... 30 de enero de 1929 .. Espectacular naufragio del "Concepción", de dos mil y tantas toneladas, en medio de la bahía... Un furioso temporal en verano que sorprendió a todos desprevenidos. Diecinueve hombres, con su equipaje, fueron salvados por el Bote. Luego, rescate de dos hombres, una mujer y un gato, de la goleta "Angela", casi encima de los enrocados. Salvamento de dos aviadores navales que amarizaron en Laguna Verde, en medio de un temporal de invierno, casi de noche. El avión, una vez recogidos los pilotos, quedó al garete y se destruyó en las rocas. Rescate de unos guardiamarinas que habían abordado al vapor "Palena", el cual, sin tripulación, iba a precipitarse sobre el "Latorre", en pleno temporal, un 22 de mayo. El "Latorre" realizó entonces la proeza marinera de su vida: penetró en la dársena en las peores condiciones de tiempo. Como no lo había hecho nunca un buque de su tamaño. Entretanto, se volcó el dique con el vapor "Chile", que estaba allí en reparaciones.

En medio de todo esto, el Bote Salvavidas iba de aquí para allá, socorriendo a unos y a otros.

Una vez falló el motor frente a la Costanera, sobre los lomos mismos de los "caballos de Neptuno", que eran las enormes olas que se precipitaban sobre los malecones con estrépito de cañonazos.

Salió avante.

Otra noche, ruptura de los "guarnes" del timón, ayudando a un carbonero en un laberinto cerca del Muelle Baron. Vuelta al cuartel gobernando a la bayona.

Y así tantos otros episodios.

\* \* \*

Han ido corriendo los años y renovándose las tripulaciones.

Los de ayer contemplamos los temporales tras los vidrios de una ventana con la estufa muy cerca o confortablemente instalados en un vehículo... Los de hoy llegan al cuartel apenas husmean el olor de algas que llena a Valparaíso apenas sopla un poco de norte bajo el cielo entoldado, como nosotros lo hacíamos antaño...

En cuarenta y cuatro años, el Bote Salvavidas ha tenido sólo tres capitantes: Olaff Christiansen, Alberto Karlezi y Eduardo Simpson, el actual.

Posee una embarcación moderna, adquirida como las anteriores a la Royal National Life-Boat, de Gran Bretaña, que lleva el nombre de "Capitán Christiansen" y un sólido cuartel junto al Muelle Prat.

Ya nada queda del antiguo local, ubicado al otro extremo de la explanada con el pintoresco restorancito que ayudó a financiar los gastos de la institución por muchos años, ni de las ya muy vetustas maderas de la sala de guardia y los camarotes desde cuyas literas saltábamos a la mar alegres y dispuestos... pero completamente confiados en Christiansen.

Tampoco existe ya "el viejo".

Murió en mayo de 1963 y la institución marchó a sepultarlo encabezada por la banda de la Armada, que tocaba "Corazón de Madera".

Arriba, en el Cementerio de Disidentes, brillaba un hermoso sol sobre la tumba donde alguien puso unas flores. Y naturalmente, hubo discursos.

No habría estado mal que en ese momento, los buques mercantes fondeados en la bahía hubiesen lanzado un pitazo, recordando las noches de angustia y naufragio, cuando el viejo acudía a ayudarlos.

Pero a nadie se le ocurrió sugerirlo.

